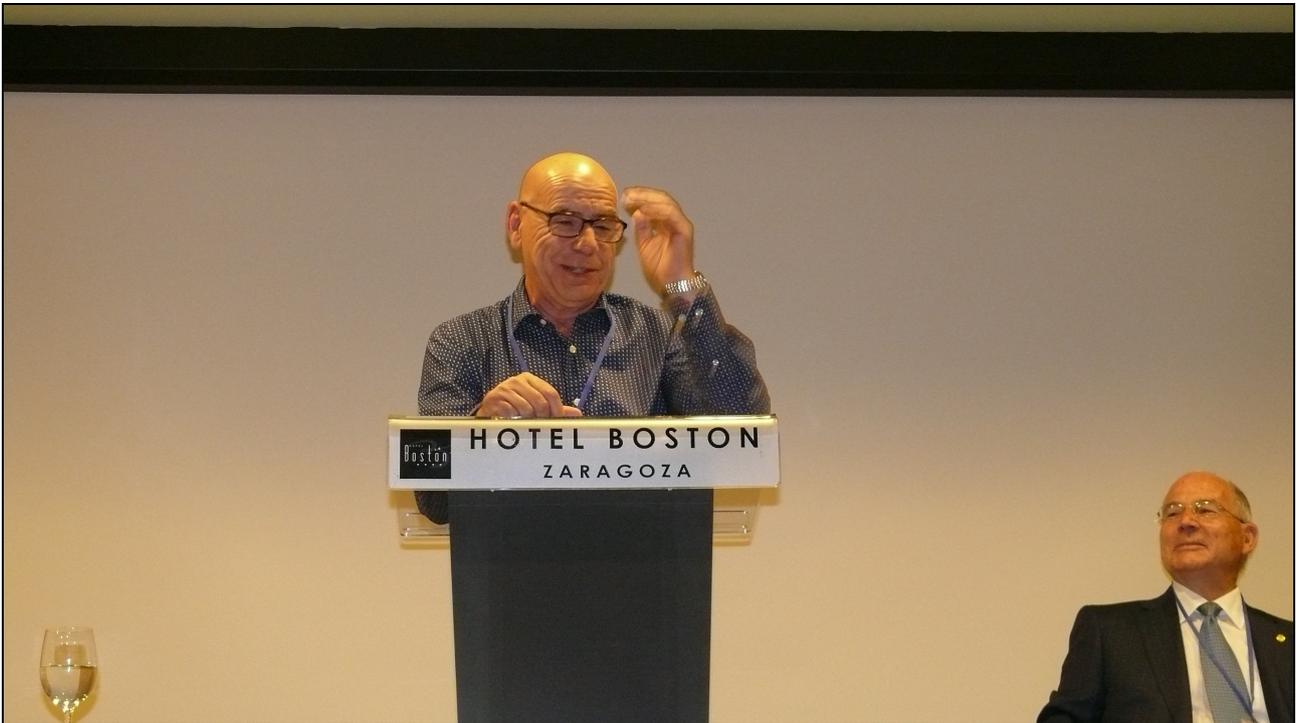


# EL LIBRO DE PADRÓN



*Foto. Santiago de Ossorno*

Queridos amigos:

Os deseo un buen día a todos y os agradezco sinceramente vuestra presencia.

Me han pedido que realice este acto y no podía negarme porque quiero ser agradecido, sobre todo con José Antonio, con el que he tenido contacto en numerosas ocasiones, siempre con un trato exquisito hacia mi persona, pero debo confesar mi nerviosismo por falta de experiencia de hablar en público y porque acudirán a mi mente momentos emotivos de mi infancia, que seguramente afectarán a mis palabras. Soy uno de tantos pínfanos y mi único aval para estar hoy aquí es mi larga vinculación con Padrón y su entorno.

Ingresé poco antes de cumplir los 5 años y salí a los 12, El entrar antes de cumplir los 5 años es algo que debo agradecer al General Villalba, presidente del Patronato de Huérfanos, que accede a la súplica de mi madre, ante la necesidad

urgente de ponerse a trabajar para poder trasladar su residencia de Málaga a Santiago de Compostela, donde permanecerá cerca de sus hijos, fijando su residencia definitivamente hasta el fin de sus días. Desde 1950 en que ingresa el mayor de mis hermanos, hasta 1962 en que sale el pequeño, son 12 años de los 29 que abarca la historia del colegio de Padrón, que me pertenecen ya que influyeron de forma significativa en mi vida y en la de mi familia, por lo que puedo afirmar que Padrón ha sido mi escuela, mi barrio, mi pueblo y... si como dijo alguien: “la patria verdadera son los recuerdos de la niñez” sin duda Padrón es mi única y verdadera patria. En la actualidad sigo ligado a esa villa y su comarca, de una manera muy próxima, tanto física como emocionalmente, pues he echado raíces muy cerquita de la villa padronesa, por lo que visito el pueblo con frecuencia y he tenido la oportunidad de conversar con muchas de las personas que tuvieron relación con nuestro colegio.

Este ilusionante proyecto que llamaré abreviadamente el Libro de Padrón, ha sido llevado a cabo con gran esfuerzo, dedicación y entusiasmo, teniendo que salvar todo tipo de dificultades, entre ellas las de tipo económico, que no es cuestión baladí en los tiempos que corren. Sólo la tarea de seleccionar, ordenar y secuenciar el material aportado por los autores y colaboradores, ya me parece una ardua y complicada labor. Todo en aras de que nuestro pasado como pínfanos no quede en el olvido, además avalado por la credibilidad de ser los autores, protagonistas de las vivencias que narran. A ellos quiero expresar mi más sincera felicitación, os lo digo con verdadera gratitud y afecto.

Más que un discurso protocolario al uso, en el que no me gustaría caer, expresaré los recuerdos que han acudido a mi memoria tras la lectura del libro. He podido recordar los momentos vividos en las aulas con las monjas, los recreos, los paseos al prado, al Campo de la Torre, Santiaguíño, a Iria, la fiesta de la Pascua en el Espolón, el estadio del Flavia algunos domingos, días de cine, las excursiones a la playa, a finales de curso, en aquellos camiones del ejército, con sus asientos de tablas y tapados con una lona que nos protegía de la intemperie; en fin, toda una serie de actividades que merecen la pena ser recordadas.

Imposible olvidar el ingreso en el internado, llegábamos de todos los pueblos de España y en las primeras noches, nos invadía una insomne tristeza, por la reciente orfandad y la falta del cariño materno, aunque más tarde todo sería suavizado por la convivencia con nuestros compañeros de infortunio. En contraposición, recordaremos con agrado la llegada de las vacaciones, algunos sentimos la frustración de no poder reunirnos con la familia por circunstancias diversas, pero tuvimos la gran suerte de disfrutar del Castillo de Santa Cruz, donde muchos aprendimos a nadar, a pescar o a remar en aquella barcaza adiestrados por la mano experta de Manolo, el barquero. Así mismo figura en el libro una extensa e interesante información sobre la historia de la villa, con amplia dedicación a los monumentos religiosos del entorno geográfico de Padrón, tantas veces visitados por los “nenos do convento” como nos llamaban en el pueblo. Conoceremos al detalle la verdadera historia de aquel viejo caserón que había sido convento de Salesas, antes de abrir sus puertas a los pínfanos en marzo del 46. Todo ello gracias a una tarea impagable de los autores, tras largas jornadas de investigación, rebuscando en archivos, bibliotecas, hemerotecas... tratando de seguir las huellas desde sus orígenes hasta nuestros días.

Al leer el capítulo de las clases, dejando claro que hablo desde mi experiencia personal, recuerdo que resultaban un poco aburridillas, a veces tediosas, por repetitivas y exclusivamente memorísticas. Muy desagradables resultaban los castigos físicos y vejatorios, que si bien podían suprimir alguna conducta indeseable, nunca lograban en el castigado ninguna buena acción; al contrario, generaban resentimiento o conductas agresivas y rebeldes. Más humillantes se presentan en mi memoria, los castigos aplicados, a los pequeños que mojaban la cama, ya saben a qué tipo de humillación me refiero, quiero pensar que nuestras educadoras no actuarían con mala intención, pero sí con total desconocimiento de la psicología infantil, que siempre consideró inaceptables e ineficaces estos métodos. Pero no entiendan en mis palabras el más mínimo rencor; si así fuera, no estaría hoy aquí presentando este libro. Todo ha sido superado hace ya muchos años, y desde la perspectiva que da la edad he podido valorar las posibilidades de progreso que me ofreció el colegio, sin las cuales mi infancia se hubiera visto comprometida y mi

calidad de vida hubiera resultado deficiente, la experiencia me ha enseñado a valorar lo positivo, y en la balanza del corazón pesan más los beneficios recibidos que posibles desacuerdos con los métodos docentes.

Recordemos nuestros momentos más gratos, como los disfrutados en tiempos de ocio, en recreos o salidas al campo, donde desarrollábamos la imaginación y creatividad en proporción directa a la libertad disfrutada, aunque vigilada y siempre pendientes del toque de silbato, pero mientras tanto nos dedicábamos a cazar grillos, ranas, lagartijas, y todo bicho viviente, a trepar a los árboles para coger peras, manzanas y otras frutas sin dejarlas madurar, construir cabañas, o diverso armamento: tirachinas, arcos, hondas, pistolas de madera... Éramos habilidosos artesanos construyendo: aros, hélices, los barcos los hacíamos de roña (corteza de pino) a base de raspar contra paredes de cemento, en fútbol-chapa, era sobresaliente nuestra destreza para enmarcar al futbolista con un cristal circular, que tallábamos con un canto rodado. Pero sobre todo, en tiempo de ocio, aprendimos a compartir a través del juego, estableciendo relaciones de amistad y compañerismo, aunque también surgieron algunos desencuentros y rivalidades, provocando las típicas peleas, que nosotros jaleábamos con alborozo, formando corro alrededor de los contendientes, animándoles a repartirse estopa, lo normal en cualquier patio de colegio.

Cómo olvidar el día grande de La Inmaculada, el mejor sin duda (exceptuando el de vacaciones, claro) fiesta por todo lo alto, la misa en latín faltaría más, que coreábamos como loros sin entender ni papa, luego desayuno especial, chocolate, bollos y mantequilla americana, la comida extraordinaria, he podido descifrar con alguna dificultad de una carta de un pinfanillo de muy corta edad, el menú del día de La Inmaculada de 1946, se componía de: entremeses, huevo frito, carne en salsa, manzana y pasteles, no está nada mal, teniendo en cuenta que hace casi 68 años. Luego, por la tarde, había teatro generalmente a cargo de los mayores, aunque los pequeños también participaban con alguna breve actuación, demostrando sus habilidades artísticas.

He recordado también el tiempo tan amplio de nuestro horario dedicado a la Religión, repartido en: misa y rosario diarios, con letanía en latín incluida,

confesiones, comuniones, mes de María, exposiciones del Santísimo, triduos, novenas, procesiones de Semana Santa, visitas a iglesias del entorno... creo que todos los pínfanos de Padrón tenemos ganado el cielo, espero verles allí a todos celebrando juntos el enésimo día del pínfano.

Así mismo queda reflejado en el libro cómo era la relación entre los habitantes de la villa y el Colegio. Hay un recuerdo especial para Sor Concepción, la monja que impartía docencia en una escuela del Ayuntamiento. Aquella monja es recordada con agradecimiento por muchos de aquellos niños y niñas de entonces, que aprendieron a leer y a escribir en su escuela, además su acción benefactora en el pueblo es elogiada por todos los padroneses de antaño. Me siento muy orgulloso de haber compartido con los vecinos de Padrón, que estaban pasando penurias mayores que las nuestras, algo de aquello que nos tocó disfrutar por ser privilegiados huérfanos de los vencedores de una cruel guerra civil.

Cómo no evocar también las vacaciones de Navidad, con la misa del gallo, y aquel belén al que no le faltaba detalle, montado en la clase de los pequeños, los Reyes Magos avanzando al paso de los días; aunque los Reyes más importantes, sin duda, eran los militares. Algunas navidades que no pudimos disfrutarlas en casa por diversas circunstancias, fueron compensadas por estos Reyes tan especiales. Gracias a ellos, pudimos montar en triciclo, o en patinete, darle patadas a una pelota, jugar con un coche pulga, o a los bolos en aquel pasillo inmenso que terminaba en la habitación de la señorita Elisa. Cuántas broncas recibimos de aquella dama del pelo blanco, con la voz desgarrada de tanto regañarnos, por el jaleo que organizábamos delante de su cuarto, especialmente cuando algún bolo impactaba contra su puerta. A propósito de Reyes Magos, me cuenta el hijo del sastre de la calle del Carmen, cómo los chavales del barrio, después de vacaciones de Navidad, acudían prestos a la hora del recreo, para colocarse tras el muro del patio a la espera de que cayese algún balón, que los muy tunantes se llevaban para sus casas a toda velocidad, algunos me han confesado que despertábamos cierta envidia, teníamos muchas cosas de las que ellos carecían.

En el capítulo de alimentación, también aparecen anécdotas reflejadas en el libro sobre aquellas artimañas para deshacernos de alimentos no deseados, pero no

creo que nadie pasara hambre. Recordad que nuestra salud era francamente buena, de ahí que la enfermería estuviera casi siempre vacía. Otros sí que lo pasaron muy mal, si hubiéramos preguntado a las personas que acudían a la puerta del colegio con sus cacerolas o grandes envases de lata, para recibir lo que sería el sustento diario para ellos y sus familias, seguro que su opinión sobre la calidad de la comida, hubiera sido muy distinta. No olvidemos las circunstancias de postguerra, la situación de hambruna en España en las décadas 40-50, y la cruel orfandad de tantísimos niños de nuestra edad. Creo que debemos sentirnos privilegiados y agradecidos por la alimentación recibida en aquel internado, supongo que la gran mayoría de nosotros la valoramos de forma positiva.

Me centraré ahora en el aspecto más formal del libro.

Nada más iniciar su lectura comprobaréis el cuidadoso estilo de su redacción, alcanzando en muchos pasajes una brillante calidad literaria, por lo que su lectura os va a resultar fácil y muy amena. Se halla ilustrado con gran cantidad de fotografías, documentos muy interesantes: planos, cartas a nuestras madres, un listado de los alumnos con sus números, aunque ha sido imposible incluirlos a todos, a pesar de los ímprobos esfuerzos de sus autores y colaboradores. La edición se puede considerar de lujo como podréis observar en ese ejemplar que pasaremos a enseñaros.

Espero que la lectura sea del agrado de todos, pensemos que esta es una obra de una gran colectividad que abarca un periodo de 29 años, nadie pretenderá que recoja todo lo ocurrido en esa etapa. Tampoco expresa un único modo de sentir y pensar en un momento determinado de su historia. Estoy seguro que cada uno tendrá en su recuerdo determinadas experiencias vividas con especial intensidad y emoción, influidos por la subjetividad de cada cual. Pero considerando este libro como lo que es, un enorme trabajo de búsqueda en el pasado, tratando de aflorar todo aquello que fuimos cuando niños, y que nos unió 24 horas al día durante varios años, espero que ayude a que nos conozcamos mejor al revivir el mundo de las emociones que compartimos en la niñez, que nos forjaron como personas únicas e irrepetibles, con nuestras singularidades que son origen de nuestra personalidad actual.

Os animo a todos a adquirir esa obra, leerla, compartirla, comentarla, a meteros de lleno en su lectura para disfrutar con los relatos de nuestra infancia, marcada por una orfandad prematura, pero siempre dulcificada por la cercanía de nuestros compañeros de internado.

Se trata de un periodo crucial en nuestras vidas, un bonito recuerdo para los que allí estuvimos; y para los que no, una ayuda para comprender cómo transcurría la vida en aquel rincón de España, en el colegio de La Milagrosa, que alguien llamó con mucho acierto La Universidad de Padrón.

Esta obra ha sido posible gracias a la AHE, al Patronato de Huérfanos de Militares, por supuesto a los autores (sobre todo a ellos) que se han esforzado con tenacidad, teniendo que superar numerosas dificultades. Sin esa constancia no se habría culminado este ilusionante proyecto del LIBRO DE PADRÓN. Gracias a los que colaboraron con fotos, cartas, anécdotas; especialmente dignas de destacar son las ilustraciones nuestro amigo Zoyo, que sin haber estado en Padrón ha sabido reflejar con increíble realismo las escenas más importantes de nuestro internado.

En este instante en que se agolpan en mi mente tantos emotivos momentos de la infancia, quiero dedicar un emocionado recuerdo a nuestros compañeros fallecidos, particularmente a los que pasaron por Padrón, que no gozarán de este libro. Pero, ante todo, debemos rendir un sentido homenaje de gratitud y admiración a nuestras madres, que por procurar un futuro mejor para sus hijos, tuvieron que afrontar con enorme sacrificio una desgarradora y cruel separación. Nada más, muchas gracias.

José Luis Muñoz Arroyo

Zaragoza 11 de mayo de 2014